

CAPITULO X

De los Astrólogos de las Indias; cómo concertaban su año, cuántos días tenía la semana, cuántos meses el año, cómo adivinaban por los animales, con otras cosas al propósito.

No me parece ir fuera del propósito después de haber tratado de los ministros y templos de los nuestros indios, hacer mención de otras cosas que tocaban á su religión, que también son dignas de ser sabidas. Digo, pues, que allende de los sacerdotes habia otros como profetas ó agoreros, los cuales trataban de la Astrología, y se preciaban de muy filósofos, teniendo cuenta grande con las estrellas y cuerpos celestiales, de los cuales colegían sus juicios é inferían

sus hados, buenos ó malos. De aquí era que tenían su calendario del año, dias y meses. Tenia el año trescientos setenta y cinco dias, tenían dieciocho meses, y el mes era de veinte dias, y la semana de trece, sobaban los cinco dias, los cuales no supieron embeber como nosotros el bisiesto, porque no caían que sobaban seis horas en el año nuestro, y en cualquiera otro más ó menos, de donde procede hallarse más dias en el año en diversos tiempos, pero no era maravilla que los antiguos tuvieron este error, y pues no ha dos años que no andaba entre nosotros el ciclo y Cómputo perfecto.

Cada dia de la semana tenía sus nombres, los cuales tomaban de los animales, peces, y de dioses, hombres y mujeres.

Al primero dia de la semana llamaban Cecipactli, que quiere decir Espadarte, que es un pez del mar; al segundo Omehecatl, que significa dos vientos; al tercero Ocicali, que quiere decir tres cosas; al cuarto Navicuezpali, que se interpreta cuatro lagartos de agua, que son los verdaderos cocodrilos; al quinto, cinco culebras; al sexto, seis muertos; al séptimo, siete ciervos; al octavo, ocho conejos, y así iban los demás; y pintaban los meses conforme los animales á quien los dedicaban.

Estos días tenían sus fiestas cada uno y su propio idolo.

Tenían sus fiestas y días feriados entre año, principalmente aquellos cinco días que sobraban del año, que ellos llamaban baldíos, eran de gran solemnidad, y en cada uno dellos celebraban grandes sacrificios, y todos estos días hasta que entraba el año, que era por Marzo, eran solemnes, sin estos cinco días cada último del mes era fiesta general y muy solemne para toda la tierra.

Tenían fiestas de tiempos á tiempos, como los hebreos el jubileo, porque de cincuenta en cincuenta y dos años, el día último de la postrera semana era día grande en México y en todas las provincias, en el cual se hacia esta ceremonia.

Mandaban los Pontífices y sacerdotes que matasen todos los fuegos de los templos que ardian perpetuamente y los de todas las casas, y para esto salían ciertos ministros del gran templo de México é iban dos leguas de la ciudad, por una de las calzadas, á una villa llamada Iztapalapan, y subíanse en un collado que llamaban Vixathla, adonde había un templo, en quien los Reyes tenían gran devoción.

Subidos allí llegaban de noche, y á la media noche del primero día del año de cincuenta y dos, y día de la primera hebdomada ó semana, sacaban nueva lumbre de ciertos palos y luego la llevaban á gran priesa, sin que nadie encendiese della al templo mayor de México, y ofrecíanla delante de los ídolos, como nueva ofrenda, y luego á punto tenían un cautivo, y matábanlo y ofrecían el corazón, y con la sangre del rociaba el fuego el sacerdote mayor, y luego tenían licencia todos de tomar fuego de allí, y los que habían venido á la solemnidad de muy lejos, tomaban con gran devoción de la lumbre y llevábanla á sus pueblos, y esto mesmo hacían en los otros pueblos en este día.

De lo demás que en este punto se hacia, diremoslo cuando tratemos de los sacrificios.

Otras muchas fiestas y días señalados había, como Pascuas, que de necesidad se hará adelante mención.

Volviendo al cuento del año, ya los astrólogos tenían gran cuenta con el lucero que vemos á la tarde, después de puesto el Sol.

Este se comienza á ver en la Nueva España en el otoño, á las tardes hacia el Poniente; pero en el verano y estío, que sube el Sol hacia la cabeza, pónese con él este lucero.

Desde que aquesta estrella ó lucero aparece y se puede ver, hasta que se encubre, pasan doscientos y setenta días, y estos filósofos ponían en cada uno un signo ó planeta, y así distinguían los hados y fortunas buenas ó malas de los que nacían, de donde sacaban después la Astrología judiciaria, porque según su opinión, dentro de alguno de aquellos signos nacían todos los cuerpos humanos.

Estos tenían cuenta con mirar los buenos ó malos agüeros y lo que sucedería en las cosas prósperas y adversas.

Miraban mucho en las aves nocturnas, así como en el buho, lechuza y mochuelos, con los cuales adivinaban lo que querían, y si alguna destas aves se sentaba en alguna casa, agoraban que moriría presto alguno della; también si oían graznar un animalejo que se llamaba Cuzatli, denunciaban que quería morirse alguna persona.

Item si encontraban alguna culebra ó alacrán y lagartos, tenían por señal que aquél que estaba enfermo en la casa del que entraban estas sabandijas, había de morir.

Si la mujer paría dos hijos de una vez (que en las Indias es común cosa) creían que había de morir el padre ó la madre, y para huir este

peligro, los había enseñado este remedio el demonio, y era: que matase el uno dellos.

A los que así nacían de un vientre, llamábanlos Cocoua, que quiere decir culebras, porque decían que la primera mujer que así parió dos juntos, se llamó Coatl, que quiere decir culebra, y tenían por opinión, que si no mataban al uno de los hijos, el uno había de comer al padre ó la madre.

Cuando temblaba la tierra donde había mujer preñada, cubrían las ollas de presto ó las quebraban, porque de otra manera creían que moriría la tal mujer.

Decían también que el temblar de la tierra, era señal que se había de acabar presto el maíz ó trigo de los trojes.

Si alguna persona enfermaba de calenturas recias, tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz, y poníanlo en un asiento ó cuna de arbol, llamado Maguei, y sacaban el enfermo al camino y decían que el primero que por allí pasase llevaría la enfermedad en los pies ó piernas.

Muchas cosas dejaban de hacer por los sueños, porque miraban mucho en esto, y así tenían desto libros y memorias, por donde se regian, y los sacerdotes examinaban cuáles eran

buenos y cuáles malos. Para el tiempo de casarse también tenían señales buenas y malas, para saber qué vida harían los nuevos casados.

Si perdían alguna cosa, así como animal, ave ó persona, hacían ciertas ceremonias ó hechicerías con ciertos granos de maíz, en un lebrillo ó vaso hondo lleno de agua, y allí veían el que lo tenía ó la casa adonde estaba, ó si la cosa estaba viva ó muerta.

Para saber si los enfermos habían de vivir ó sanar de la enfermedad en que estaban, tomaban un par de granos de maíz, de los más gruesos, y lanzábanlos de la manera que se lanzan de la mano los dados, y esto hacían siete ú ocho veces, y si algún grano quedaba derecho ó hiniesto, afirmaban ser señal de muerte.

Item tomaban estos hechiceros ó sacerdotes, unos cordeles como llavero de donde las mujeres cuelgan las llaves, las cuales arrojadas en el suelo, si quedaban revueltas, interpretaban ser señal de muerte; pero si salían extendidas, interpretaban que era de vida.

Otros infinitos modos de agorerías y supersticiosas señales tenían con que declaraban los sucesos de la guerra ó paz, y del bien de la república ó mal suceso, porque el demonio esta-

ba tan apoderado de aquella gente, que los hacía creer esto y otras más abominables cosas que se verán en el suceso desta historia.

Para saber si los enfermos habían de vivir ó sanar de la enfermedad en que estaban, tomaban un par de granos de maíz, de los más gruesos, y lanzábanlos de la manera que se lanzan de la mano los dados, y esto hacían siete ú ocho veces, y si algún grano quedaba derecho ó hiniesto, afirmaban ser señal de muerte.

Item tomaban estos hechiceros ó sacerdotes, unos cordeles como llavero de donde las mujeres cuelgan las llaves, las cuales arrojadas en el suelo, si quedaban revueltas, interpretaban ser señal de muerte; pero si salían extendidas, interpretaban que era de vida.

Otros infinitos modos de agorerías y supersticiosas señales tenían con que declaraban los sucesos de la guerra ó paz, y del bien de la república ó mal suceso, porque el demonio esta-

CAPITULO XI

Aquí se comienza á tratar de los sacrificios que usaban los nuestros indios; tráense grandes cosas y dignas de ser sabidas de los hombres sabios y doctos.

Pues tratamos muy á la larga los sacrificios y cosas de la religión gentílica, y quedamos admirados de ver tantas y diversas cosas y tan ajenas de buena razón, justo es que tratemos agora desta República de las Indias, que también era sujeta á la idolatría por tener la posesión de sus almas el demonio.

Bien sé que me he de detener, pero entiendo que de no lo hacer, se seguirían dos inconvenientes: el uno es que no cumpliría bien si no lo hiciese así, pues escribo los ritos de todas las gentes,

Lo otro que las cosas de los indios quedarían á los venideros oscuras y muy faltas, si yo agora no me alargase, porque tengo por cosa dudosa que algún particular tenga en el mundo tantos *Memoriales* como yo de aquella gente. Y así quiero como el primero alargarme y dar entera luz á los venideros de las cosas más notables que hubo en el mundo en los tiempos antiguos.

Cierto si atentamente quisieren leer lo que yo aquí diré de los sacrificios de los indios, no dudo sino que porná horror y espanto, porque fueron los más bravos y terribles que se pueden imaginar; aunque mirando lo que queda atrás, yo creo que no porná tanta admiración; sólo esto se puede decir con verdad, que la gente más devota y servidora de sus ídolos vanos fué esta, y ninguna otra fué tan sujeta al demonio, ni á sus mandamientos; esto se podrá ver de los sacrificios que tenían tan grandes y muchos. Quanto á lo primero, esto es cierto que ninguna cosa hubo {animada ni sensible que ellos no la sacrificasen, ni tampoco faltaron para los dioses las demás que carecían de vida.

A ninguna tuvieron por inmunda, todo les parecía que era de los dioses, y así les ofrecían todas las cosas.

De las animadas les sacrificaban leones, tigres, onzas, que son como gatos grandes, raposos y otros que llamaban Cointles, que son como entre lobos y raposos, venados, liebres, conejos y perrillos de los naturales de la tierra, que gruñen y no ladran, aves de todas cuantas maneras podían tomar, principalmente codornices, culebras, lagartos y lagartijas, langostas y mariposas. Ofrecíanle flores de cuantas maneras hallaban, é incienso, y todo género de cosas aromáticas; pero el sacrificio principal y que en más era tenido, era el de sacrificar hombres, y el ofrecer su propia sangre, no perdonando los hijos, que es la cosa más cara de todas.

De las sementeras y frutas, no hay que hablar, porque todo lo daban á sus dioses, hasta empeñar lo que tenían, y venderse á sí mismos y darse por esclavos; cierto ninguna nación estuvo más sujeta al demonio que esta gente lo estuvo, ni en otra alguna pudo tanto, como en las nuestras Indias; esto parecerá bien claro en lo que aquí se escribirá.

Ya dije, hablando de las fiestas de aquesta gente y de sus días solemnes, que la mayor era aquella que se celebraba de cincuenta en cincuenta y dos años, y toqué de pasada como ma-

taban un esclavo la mañana que sacaban el nuevo fuego; agora diré el aparejo que se hacía para la fiesta, y era este:

En la ciudad de México, como cabeza del reino, tenían muchos hombres cautivos ganados en guerra, y estos guardaban para las fiestas grandes, y según era la solemnidad, así mataban más ó menos; en esta fiesta, como era solemne, traían muchos cautivos y estaban á punto para cuando se celebrase la fiesta, esto estaba aparejado de muchos días, porque cuando no había carne humana, no era fiesta verdadera para ellos.

Antes desto, un año entraban por su devoción ciertos hombres en el templo á hacer penitencia, y solía llegar el número á ciento, poco más ó menos, estos ayunaban allí todo el año, y algunas mujeres hacían lo mesmo y tenían cuidado de guisarles lo que habían de comer. El resto de los ministros que servían en el templo, ayunaban antes de la fiesta ochenta días, dentro del cual tiempo hacía sacrificios á sus dioses, así de día como de noche, dando ofrendas de yerbas, olores y flores.

El pueblo en común también ayunaba, pero no con tanto rigor. Los señores y principales ayunaban ocho días antes.

Llegado el día festival, antes que amaneciese, los sacerdotes y ministros del templo se ayuntaban y lo mesmo hacia la nobleza y le común pueblo, que era infinito, porque venia de muy lejos á ver la fiesta; todos estos estaban en el patio del templo por su orden, y estando con gran silencio, luego salía su gran sacerdote acompañado de las demás ministros mayores, y vestidos con particulares ornamentos apropiados para aquello.

Mostraba el gran ídolo llamado Veylobos, y tomándolo á cuestras iban en procesión con mucha pompa é iban delante muchos que incensaban con sus olores muy varios, y así iban por una gran calle y barrio llamado Tlatelulco, y por él salían de la ciudad é iban á un pueblo llamado Arcapuzalco que estaba una legua; aquí venían porque estaba un oratorio junto al pueblo que llamaban Culman, en quien tenían mucha devoción, y así lo mostraban, porque celebraban sacrificios de hombres cautivos y presos en la guerra y hacían otras ceremonias con que se movían á devoción las gentes.

Hecho esto, pasaban adelante por el pueblo, é iban á otra villa llamada Tlacobán, que hoy se dice Tacuba, y estaba una legua más adelante, y de ahí sin parar iban á otro lugar lla-

mado Vicilopudico, y fuera del pueblo había otro templo, y allí sacrificaban cuatro hombres, y de allí daban la vuelta para la ciudad, después de andado cuatro ó cinco leguas.

Esta mesma ceremonia hacían los indios de Tezcuco al mesmo tiempo y por el mesmo efecto, que era para sacar el nuevo fuego.

CAPITULO XII

De cómo los Indios de la Nueva España ofrecían á sus ídolos mucha sangre humana, cómo y de qué manera sacrificaban á los hombres y después los comían, y cómo al dios del agua lo aplacaban con la muerte de los niños inocentes; tócanse cosas horrendas y espantables.

Sólo porque el lector entienda bien y se le quede en la memoria lo que aquí vamos contando, determino hacer pequeños capítulos y repartir en muchos lo que es bien que vaya muy digesto.

Ya yo he comenzado á tratar de los sacrificios crueles de los indios, y aunque de lo poco

que queda visto en el capítulo pasado, se puede colegir cuán caro se vendía el demonio.

En lo que agora tenemos entre manos, conocerá cuán apoderado estaba en esta mísera gente.

En un día señalado del mes llamado Panquecalizli, que era el catorceno dellos, en el cual se celebraba gran fiesta á sus dioses mejicanos, llamados Tezcatlipuca y Vicilopuchtli, se hacian nuevos y muy señalados sacrificios, porque era este día como pascua.

El común sacrificio para todos los dioses, era éste:

Primeramente se sajaban las orejas y las lenguas, y esto era común á chicos y grandes; otros se rompían los molledos ó morcillos de los brazos y los pechos, punzándose con navajas de piedra, de donde les salía infinidad de sangre.

Y otras veces se punzaban con unas puas ó espinas del arbol Maguey, que son como lesnas, otros se sajaban los muslos, y este era el más común sacrificio.

Esta sangre que les salía no la perdían, mas recogíanla en ciertas hojas y papel suyo, y con los dedos rociaban los ídolos, como quien echa agua bendita.

Otras provincias usaban derramar su sangre, pero no generalmente de todas las partes del cuerpo, mas una gente se sangraba de los brazos, otra de los muslos, otra de las pantorri-llas y en esto se conocían unos á otros de don-de eran.

Allende desto sacrificaban hombres.

La manera de hacer esta ceremonia, era esta:

Tenían en los templos una piedra cuadrada como mojón, de una vara en alto y gruesa en proporción; ésta estaba en lo alto de las gradas del templo en la placética que dijimos que ha-bía en lo alto junto á los dos altares; en ésta tendían el hombre de espaldas, que habia de ser sacrificado, de manera que el pecho queda-ba firme y atábanle los pies y manos, y enton-ces uno de los sacerdotes y ministros principa-les tomaba una piedra de pedernal muy aguda, á manera de hierro, y abría el pecho á la par-te del corazón, y con mucha presteza le sacaba el corazón y daba con él en el umbral ó entra-da del altar, y allí dejaba hecha una mancha de sangre y de allí caía el corazón en tierra y luego los otros ministros le ponían en una es-cudilla delante del altar.

Algunas veces los sacerdotes ancianos co-

mían estos corazones, y otros los enterraban.

Hecho aquel sacrificio daban con el cuerpo sacrificado de las gradas abajo, y si era de los presos en guerra, el que lo prendió con sus pa-rientes y amigos lo llevaban y lo hacían guis-ar, y á vueltas de los otros manjares comían aquel hombre, y éste era el más solemne ban-quete que se podía hacer.

Si este que hacía el convite era persona principal, daba á los convidados mantas de al-godón y otras joyas por fiesta.

Si el hombre sacrificado no era habido en guerra, mas habia sido comprado ó en defecto de quien muriese lo sacrificaban, no lo echaban de las gradas abajo, mas desde el altar en bra-zos lo llevaban á sus casas y celebraban el con-vite, aunque no con tanta solemnidad.

En otras solemnidades tomaba el sacerdote el corazón en la mano y levantábalo hacia el Sol y á la parte adonde estaba el ídolo, y po-níasele delante en una escudilla, hecha de ca-labaza muy pintada, y en otra cogían la san-gre y daban della como á beber al ídolo á quien ofrecían el sacrificio y untábanle los hocicos; y lo mesmo hacían á los otros dioses; en esta fies-ta se ofrecían muchos hombres, pero no habia número señalado, porque unos pueblos podían

menos y otros más. Otro día, que se llamaba Tlacaxipevaliztli, se sacrificaban algunos hombres en la fiesta que se celebraba, y de aquellos sacrificados desollaban algunos en unas partes dos ó tres, y en otras cinco ó seis, y en otras diez.

En México, como más principal ciudad, llegaban á doce y quince los que eran muertos y desollados; estos cueros salían enteros, como los de los cabrones, para hacer cueros de vino, de manera que salía cuero y cabeza todo entero, y después vestíanselos los más principales, de manera que metían los pies y brazos por donde los tenía el muerto, y la cabeza asimesmo, y vestido y puesto el cuero muy justo bailaban todo el día con gran alegría de aquella manera.

Teníase cuenta que si alguno de los desollados era principal señor de los que habían sido presos en la guerra, que aquel cuero se le vistiese el Rey de México y vestido bailaba con gran majestad, y entonces por ruin se tenía el que no venia á ver tan grave espectáculo.

Llamaban á esta fiesta Tftlacaxipevaliztli, que quería decir, fiesta ó día de los desollados.

Dios del agua.

Habia día y fiesta dedicado al dios del agua, que llamaban Ecalcoaliztli; este día era también muy solemne entre ellos, antes que viniese esta fiesta veinte y treinta días, compraban un esclavo y una esclava, y hacíanlos vivir juntos como á casados.

Llegado el infelice dia para ellos, vestían al esclavo de las vestiduras ó insignias de cierto dios llamado Tlaluc, y á la esclava de las vestiduras de la mujer de este dios, que también tenían por diosa y llamaban la Clalchihucueueyé. Y así vestidos bailaban todo aquel dia hasta la media noche, que llegaba la hora de ser sacrificados, y en aquel punto los sacrificaban; pero no comían su carne, mas echábanlos en un silo ú hoya que tenían para esto señalado, y allí los enterraban.

Cuando los panes habian crecido un palmo, cada año en el tiempo sacrificaban en el palacio del señor un niño y una niña de edad de tres ó cuatro años, y estos eran hijos de personas nobles y principales.

Este sacrificio hacían á honra de un dios llamado Tlaluc, que tenían por abogado de las lluvias, porque creían que él enviaba la agua

al tiempo necesario, y así cuando había seca pedían á este dios agua.

Era tenido este ídolo en toda la tierra por dios muy principal, y tenía su templo muy famoso en la ciudad de Tezcucó; á estos niños no los comían, mas poníanlos en una caja de piedra por reverencia de Tlaluc, dios del agua.

Hacían otro sacrificio á este dios, y era poner muchos papeles pintados, y llevándolos á los templos, ponían en ellos Vlli, que es una goma de que hacen unas pelotas, y quemábanlos por reverencia del dios del agua, y ofrecían de aquella goma para untar los hocicos y carrillos de aquellos demonios.

En este día cada parentela por sí, iba á los patios de los templos, y llevaba gran comida, y allí comían y bebían de aquel vino que hacían.

Después salían de México y metían en una canoa, que es un barco pequeño, á un niño y una niña, y andando con gran fiesta, hundían la canoa con aquellos inocentes y ahogábanlos, y con esto creían tener ganado al demonio del agua para sus necesidades.

En otro mes llamado Tozoztli, cuando los panes habían crecido hasta la rodilla, hacían otra manera de sacrificios al mismo ídolo del

agua, y era que echaban cierto pecho por el pueblo, recogiendo tanto interés que bastase para comprar cuatro niños esclavos de edad de cinco ó seis años; comprados, poníanlos en una cueva y cerrábanlos hasta otro año, que hacían otro tanto; el dejarlos allí morir, era sacrificarlos.

Tuvo principio este sacrificar al dios del agua, por necesidades y grandes secas, y el demonio persuadiólos á que hiciesen estas crueldades, prometiéndoles que les daría agua.

Dícese que tuvo principio este sacrificio de una gran seca que duró cuatro años, en el cual tiempo jamás llovió y vino toda la tierra á estar inhabitable.

Cuando ya los panes estaban crecidos, que llegaban á la cinta, hacían otro sacrificio á otro diferente dios, llamado Hueytozotli, al cual tenían para que les conservase sus sementeras, la ofrenda era esta: Cada uno tomaba de su heredad y sembrado unas pocas de cañas de maíz y con ellas llenaban sus comidas y ollas de Atol, que es la harina del maíz, y resina muy aromática, y con esto se iban al templo á la tarde con gran devoción, y allí ofrecían todo aquello; y toda la noche no hacían otro sino bailar y pedir al dicho dios que les creciese

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 10

más los panes y se los dejase coger con paz y sosiego; y de allí adelante no había días señalados para el maíz ni para el demonio del agua, que tanto les costaba.

CAPITULO XIII

En las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, como sacrificaban muchos hombres vistiendo sus cueros con los cuales hacían varias representaciones.

En las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, como sacrificaban muchos hombres vistiendo sus cueros con los cuales hacían varias representaciones.

Tenían por dios al fuego, como lo tuvieron los nuestros antiguos gentiles, y celebraban su fiesta en un día llamado Xocotlhuēci; esta fiesta más solemnemente se celebraba en unos pueblos que en otros, así como en Tlacaba, Cuyobacan y Aucapualco.

CAPITULO XIII

De las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, al cual sacrificaban muchos hombres, vistiendo sus cueros, con los cuales hacían varias representaciones.

Eran crueles los sacrificios que hacían estas gentes en sus fiestas, y muy apoderados estaban los demonios de ellos; pero si lo pasado pone admiración, no será menor la que causará lo que queda.

Tenían por dios al fuego, como lo tuvieron los nuestros antiguos gentiles, y celebraban su fiesta en un día llamado Xocotlhuēci; esta fiesta más solemnemente se celebraba en unos pueblos que en otros, así como en Tlacaba, Cuyobacan y Aucapualco.